



JOSE LUIS L. ARANGUREN

**S**UELE pasarse demasiado rápidamente sobre el hecho significativo del doble sentido que poseen dos palabras hoy casi empalagosamente de moda, «ecología» y «habitat». Suelen aplicarse primordialmente con referencia al estudio del entorno o medio ambiente. La primera casi exclusivamente al medio ambiente natural; la segunda al entorno más concreto en el que se vive que, en cuanto habitat humano, puede ser urbano o rural. Pero el sentido de ambas palabras, en su acepción estrictamente etimológica es el de entorno doméstico, es decir, casa o habitación (casas de pueblo y de campo, inmuebles de pisos o apartamentos, hotelitos, «torres» catalanas, chalets —en principio suizos, aunque ahora se llame así a cualquier casita— y villas —en principio italianas—). El nexo de lo uno y lo otro es la Ciudad, objeto de nuestra reflexión en este artículo. Naturalmente no sé lo que les pasa a mis lectores, pero cuando yo, en uno de esos impresos que de cuando en cuando hay que rellenar, hay un espacio para «domicilio» y otro para «residencia», siempre suelo vacilar sobre a cuál de los dos corresponde cada una de las dos acepciones que acabamos de mencionar. Y pienso que probablemente esta indecisión que procede a mi parecer del lenguaje usual mismo, de ninguna manera es casual.

Pero vayamos a nuestro tema, aun cuando tomándolo de lejos, en su origen, la ciudad tradicional. Resultaría anacrónico decir de ella que era «planificada»; pero es menester subrayar su significación «emblemática». Se construía en un lugar separado, en cierto modo «sacro», cuidadosamente elegido. En seguida, el lugar era aco-

tado, cercado, cerrado: el campo no se le pueden poner puertas, pero la ciudad las necesitaba, pues se entraba en ella y se salía de ella, tuviese murallas o no. El lugar era asimismo orientado cósmicamente, conforme a los signos del Zodíaco o los puntos cardinales. Y la casa, las casas dentro de la ciudad, repetían su estructura, cerrada hacia fuera, abierta por dentro. En su miniaturización de la ciudad, el patio central correspondía a la plaza, incluso con su fuente en medio. La no-planificación permitía un difícil equilibrio de diseño-diseño y de desarrollo orgánico. La ciudad (y la casa, igualmente) era nuclearmente trazada, pero después se desarrollaba de acuerdo con las necesidades de la vida comunal. La ciudad tradicional no tenía, como las nuestras, «vías de comunicación» sino que ella misma era el lugar, el punto de comunicación. Comunicación como intercambio comercial de campesinos y burgueses en ferias y mercados, de hombres de mar y de tierra en el puerto. Comunicación, no menos, de informaciones locales y también lejanas. De comercio de ideas, de encuentro, conversación, paseo, discusión. (La fuente, la plaza, la salida de la iglesia, el mentidero.)

Más tarde, es claro, las ciudades se complican, diversifican y especializan. Como no se trata en este lugar de hacer una historia de la ciudad ni yo soy competente para ello, pasemos rápidamente a la ciudad inmediatamente anterior a la actual, y cuya estructura, en buena parte, subsisten aún, la ciudad industrial que se constituye durante el siglo pasado. De la antitesis dieciochesca entre la *Cour* (Versalles) y la *Ville* (París), se pasa a la unidad del centro, los ensanches resi-

denciales y, en torno, los barrios obreros, el «cinturón rojo». El centro es el locus del poder, pero quienes lo detentan viven un poco fuera de él. Y más allá, rodeándolo todo, los que carecen de todo poder. De este modo se encuentran frente a frente el poder y el antipoder. Como ha visto muy perspicazmente Giorgio Galli (1) la estructura del habitat urbano ha condicionado la forma de las revoluciones proletarias, hasta la de Petrogrado en 1917. Por el contrario, las revoluciones neocomunistas, a partir de la china y la cubana, y los intentos ulteriores mediante guerrillas, se hacen en el campo y desde el campo, confiando defensa y ataque a la movilidad y contando no con la destrucción frontal del poder, sino con la deterioración de su situación.

Se ha hecho notar muchas veces que la guerra inventa u ocasiona formas de vida que perdurarán, desarrolladas, tras ella. Paralelamente esta desconcentración de la revolución corresponde —y en los países donde ha triunfado, se ha adelantado— a la desconcentración de la ciudad misma, movimiento inverso al de su concentración a partir de fines del siglo XVIII, siglo XIX y, en los países de pseudo-desarrollo, como España, todavía. Es en gran parte «el otro» y más amplio sentido de las palabras iniciales de nuestra reflexión, «ecología», «habitat», lo que ha determinado el cambio de dirección: los «mitos cósmicos» de la pureza del aire y el agua, de la plena luz, del baño del mar y del sol. Como suele ocurrir, los iniciadores del movimiento fueron en gene-

ral artistas y escritores, seguidos luego por los simpáticos y un tanto ingenuos progresistas de las antiguas «colonias»; más tarde, los ricos con sus suntuosas ciudades residenciales y, en fin, la clase media de la «parcela» y la «urbanización».

La consecuencia más cercana o más lejana de tal desconcentración de la ciudad es su disolución. El centro es evacuado y, con frecuencia, decaído a la condición de ghetto. Solución ciertamente insatisfactoria y, por tanto, provisional. La eliminación de los ghettos masivos y céntricos, bajo apariencias humanitarias y de progreso suele proponerse dos objetivos (2): uno económico, de revalorización de unos terrenos que, por bien situados, interesan a una clientela burguesa de gentes generalmente de edad. Y otro político, de fragmentación y atomización de aglomeraciones demasiado densas y, por ende, peligrosas. Vale más crear nuevos y abundantes ghettos pequeños, en los que sus moradores no vivirán mejor que antes; pero lejanos y además alejados unos de otros, serán, llegado el caso, fácilmente aislables y dominables, y en todo momento controlables. Es un fenómeno análogo al que en Madrid y Barcelona está ocurriendo con la dispersión de los estudiantes, alojados en lejanas mini-universidades. Desde este punto de vista, aunque arquitectónica y ecológicamente por supuesto que no, la localización y disposición de la Universidad Autónoma de Madrid es una obra estratégica perfecta: situada en una hondonada —único lugar, probablemente en muchas leguas a la redonda, que carece por completo de

(1) Cfr. sus tres textos publicados en el volumen *Il fenomeno «città» nella vita e nella cultura d'oggi*, Quaderni di San Giorgio 31-32, Sansoni Editore, Florencia, 1971.

(2) Cfr. Manuel Castilla, *Problemas de investigación en sociología urbana*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1971.

paisaje visible—, y sin otros accesos que los de la carretera que la circunda, es una ratonera de la que no hay quien pueda escapar. A su vez, cada una de sus Facultades —de motivos y acabados de carpintería pintados, por fuera y por dentro, con los colores propios de ellas, salvo uno, equivocado (lo que no deja de ser un síntoma del menosprecio real en que han caído las viejas tradiciones académicas)— es fácilmente aislable de las demás y, en realidad, en aquella madriguera, toda galerías y escaleras voladas, se ha suprimido cualquier posibilidad de reunión, de tal modo que cada grupo queda encerrado dentro de su «módulo». El sótano, que es el único acceso, resulta convertido, por irrisión, en la «planta noble» de una edificación desprovista de toda nobleza.

Todavía mejor solución que la recuperación del centro de la ciudad es su conversión en el lugar de conexión y cruce de las autopistas que por todas partes atraviesan, como en Los Angeles, el complejo urbano. El «quiero y no puedo» de Madrid ha llegado a una solución que tiene todos los inconvenientes y ninguna de las ventajas: las semiautopistas en que se han convertido las calles de Serrano, Velázquez, etcétera.

El mito o minimito ecológico, del que antes hablábamos, con la separación kilométrica entre el lugar de residencia y el de trabajo y éstas (con otras desmembraciones del centro, y de todo centro, a que acabamos de hacer referencia, han dado lugar al fenómeno nuevo, del que tanto se habla, de la ciudad-región, área metropolitana, megalópolis, etc. Desembocamos así en el problema de la «figura» (3) de la

nueva ciudad. Me refiero a lo que se ha llamado —impropiamente según vamos a ver— su legibilidad. Esta expresión me parece muy afortunada, referida a una ciudad tradicional en la que nos adentramos como en un libro que se lee diacrónicamente, recorriéndolo despacio, si el capítulo, el barrio es interesante, incluso hasta el punto de volver unos pasos, unas páginas, atrás; pasando por otras partes, de poco carácter, más de prisa, transitando por las calles y los párrafos, perdiéndonos en las callejas y entre las notas al pie de página —en una ciudad tradicional es posible perderse—; llegando al fin, tras el recorrido intrincado, las sinuosas calles sin salida, los rincones típicos, las placitas, a la plaza mayor con sus soportales, los edificios administrativos, la gente en el paseo. La ciudad actual no es un libro que se lee, es un plano que, sincrónicamente, de un golpe, se ve; y la mejor manera de verla es «desde arriba» en una vista aérea. No hay en ella nada que leer, y aparece como una inmensa red de comunicación viaria, distribución del tráfico y señalización. Hay una estricta correspondencia entre esa red bien visible y la subterránea de teléfonos: son lo mismo, están trazadas con la misma mentalidad y sirven exactamente para lo mismo. Pero todo hay que decirlo: la red telefónica, más perfeccionada ya, permite el encuentro, la conferencia entre varios, incluso muchos interlocutores a la vez. Por el contrario, en la ciudad moderna no hay modo de encontrar a nadie, e incluso al cruce casual, o no permite verse a los encerrados en sus respectivos automóviles o, a lo sumo apenas entrecerse.

La disolución de la ciudad no hace sino visualizar la crisis de la sociedad, la destrucción de la comunidad y su sustitución por la masa («muchedum-

bre solitaria», individualismo masivo). Para lo cual se ha llevado a cabo incluso la eliminación de todo «espacio social de comunidad. Los únicos espacios subsistentes son los de «aglomeración» (estadios, etc.). Pero lo más perfecto es llegar incluso a hacerlos fantasmales, viendo el espectáculo que en ellos se exhibe, en la masa y, sin embargo, solos, ante el televisor.

La ciudad-región, dispersa, se extiende por el campo y termina por absorber éste enteramente dentro de sí. En breve todo el mundo vivirá ya en esas áreas metropolitanas, fuera de las cuales sólo quedarán los grandes parques nacionales, lugares de expansión en el «tiempo libre». Entre tanto es cierto que, sobre todo en Europa subsiste el campo, quiero decir los pueblos, las aldeas. Lo que desaparece, lo que prácticamente ha desaparecido ya es la antigua dialéctica ciudad-campo, su referencia mutua, su independencia e intercomunicación. Se habla mucho de la crisis del campo, del descuido de la agricultura y de la emigración a la ciudad. Pero, ¿qué pasa con los que permanecen en el campo, con los que siguen cultivándolo, y en otros países diferentes del nuestro, con una tecnología sumamente avanzada? Que espiritualmente no viven ya en el campo. La cultura rural, el folklore, los mores y costumbres campesinas, las ferias y romerías han desaparecido o se han adulterado. El hombre de campo, en la medida, cada vez menor, en que subsiste, «vive» en la ciudad, recibe de ella, sobre todo a través de la televisión, los modelos urbanos de vida y así se produce una extraña integración de civilización urbana y medio rural (4), de

tal modo que la lejanía física no impide una artificial, pero muy eficaz comunicación que las «evasiones» del hombre de la ciudad al campo contribuyen a nivelar. En realidad el miniespacio de vida de los hombres de la ciudad y de los jóvenes del campo, es el mismo, siempre móvil: el coche de los jóvenes con pocos recursos todavía, el que arrastra tras de sí trailer o roulotte, el camper que funde los dos vehículos en uno y, para los viejos el mobile home.

Se trata pues, como se ve, no solamente de una dispersión estática de la ciudad a lo ancho del campo, sino también de una dispersión dinámica de sus habitantes. A la desaparición del égora, de la plaza, del paseo, corresponde la del hogar. Las casas se convierten en meros habitáculos para dormir y, a lo sumo en lo que se refiere exclusivamente a los padres, adormecerse ante la pantalla de la televisión. Y esa otra habitación móvil que es el coche, en sus diversas variedades habitables, o, para los mayores la casa transportable sobre ruedas de un lugar a otro, sustituye, cada vez con más ventaja, a la antigua casa de piedra levantada sobre solar familiar.

No se trata con todo lo anterior de expresar una nostalgia para permanecer, morbosamente, en ella. No se trata de volver la vista atrás sino de mirar adelante. Una vez más nos encontramos con las consecuencias a que nos ha llevado esta civilización unilateralmente tecnológica contra la que los hombres mejores, viejos conservadores, unos, y con más ímpetu, jóvenes revolucionarios, otros, quisieran reaccionar. La ciudad contemporánea es el habitat de la sociedad de masa. Sin la recuperación del sentido de comunidad es imposible dotar de una auténtica forma nueva a la ciudad.

[3] Véase la conferencia de Xavier Rubert de Ventós en la Sociedad Española de Filología, «Palabras, pasteles, árboles e imágenes», referente tanto a la «figura» de una casa como a la de la ciudad.

[4] Cfr. los dos textos de Edgar Morin publicados en el volumen que se cita en la nota 1.

# ARANGUREN: FRENTE A CONSUMISMO, UTOPIA

**P**OR encima de sus títulos, cargos y actuaciones personales, la presencia física de Aranguren impone un extraño respeto, quizá debido a la categoría intelectual que se desprende de sus palabras, a su extraordinaria inteligencia o a la honestidad humana y política que ha demostrado en todo momento. Su "capacidad de convocatoria", sobre todo en los medios universitarios, se ha puesto de manifiesto, una vez más, en una serie de conferencias que ha dictado recientemente en Barcelona.

He pretendido sencillamente plantear al profesor Aranguren unas cuantas cuestiones de actualidad.

● En la sociedad de consumo no puede hablarse de liberación económica en su sentido clásico, ya que la explotación económica ha varido considerablemente del capitalismo del siglo pasado al neocapitalismo actual.

ARANGUREN.—Incluso en la sociedad de consumo la base de la opresión sigue siendo lo económico

más bien. Lo que pasa es que ya no se trata de la alienación antigua del obrero, que no tiene nada, ni siquiera su propio trabajo, que se siente alienado en él, en su propia personalidad, sino que se trataría de una nueva alienación, que, sigue siendo económica, pero que no es la alienación en el trabajo, sino en el consumo de bienes económicos o economizados, economizados en el sentido de convertidos en económicos. El factor económico sigue pesando igualmente en sociedades muy desarrolladas, en sociedades de consumo. El tipo de alienación es diferente, no es la alienación de la privación, sino la alienación del consumo por el consumo, sin ningún sentido de satisfacción de auténticas necesidades, sino de necesidades inventadas por el sistema, como la obsolescencia planificada a tener que cambiar cada tanto tiempo de bienes de consumo.

● ¿Qué papel cree usted que se desempeña la técnica en la sociedad contemporánea?

ARANGUREN.—Yo diría que ejerce un papel amenazador y que la

técnica es peligrosa, pero me parece exagerado considerar, como a veces parece, aunque no sea cierto, en Marcuse y si es cierto entre estudiantes y «hippies», que ejerce un papel negativo, yo no lo creo. Lo que pasa es que hay que estar en guardia respecto a la técnica y a la utilización. Pero me parece utópico, en el mal sentido de la palabra, pensar que se pueda volver atrás y prescindir de la técnica, e instalarnos en una especie de paraíso puramente natural, en el cual no habría ni aparatos, ni máquinas, etcétera. La civilización tiene esta ambivalencia: por una parte significa progreso, pero como subproducto está siempre engendrando una serie de males contra los cuales hay que luchar. De modo que tendría esta doble significación, positiva y negativa.

● ¿Usted cree que es viable la sociedad auténticamente libre o es una utopía?

ARANGUREN.—Es un ideal, sí; es utópico, pero en sentido positivo de la palabra utopía. La utopía cumple una misión sumamente positiva, ya

que constituye un gran estímulo para la mayoría de las gentes y las hace trabajar en una dirección determinada. Y también porque las utopías paradójicamente se realizan. No siempre por los caminos que uno pensaba, sino por otros insospechados y sorprendentes. De modo que la función positiva de las utopías es muy considerable, ya que la plena liberación, incluso aun cuando no se consiga, sirve para que caminemos hacia su realización.

● Está usted actualmente de profesor en la Universidad de California. ¿Qué diferencias advierte usted entre las Universidades europeas y americanas?

ARANGUREN.—En el plano puramente académico, en una primera aproximación podría decirse que es demasiado poco académico, porque no se enseña o se enseña poco latín, griego y cosas así, que dan prestigio humanístico en el sentido clásico de la palabra. Pragmatizando más las cosas, podría decirse como una crítica de la Universidad americana, que es una Universidad